

Carro de lavanderas, con *whiskey*, con panadería, con imprenta, con herrería, con máquinas, bombas, sastres, telégrafos, toros y borregos vivos, sin interrumpirse la monótona severidad, sino porque de la panadería se arrojaban de vez en cuando bizcochos á las ventanas; iba imprimiendo una prensita y trabajaban unos herreros. . . . y se acabó la procesion á la hora ménos pensada, siguiendo el tráfico como ántes.

—Esto no ha sido procesion; es que se han mudado varios comerciantes de uno á otro extremo de la ciudad.

—¿Pero no te cayó en gracia aquel que iba tendido boca arriba, recibiendo en la cara todo el sol?

—¡Qué cascos! qué América! qué figurones! esto es de revolver la bilis; esto es que buscan la utilidad en todo estos hombres. . . . Esta es una coleccion de avisos animados, casi una exposicion: nosotros somos frívolos, queremos divertirnos.

—Al ver esto, nos contó un españolito chiquitin y despabilado que se atraganta con los usos yankees, que en sus paseos por Europa regaló un indiano á un irlandés, su amigo, un perico primoroso, con todas las recomendaciones de un gran obsequio; el irlandés, luego que estuvo á solas con el pájaro, lo vió, revió por todos sus costados, y sin más ni más, procedió á torcerle el pescuezo y á que se guisase del modo más apetitoso.

A los dos ó tres dias volvió el indiano y preguntó: ¿qué tal ha parecido á vd. el periquito?

—Perfectamente, amigo; pero haré á vd. observar que esas carnes siempre salen un poco duras.

—Hombre! si yo lo dí á vd. porque el perico hablaba.

—Ponga vd.; pero obras son amores: las palabras se las lleva el viento.

Estos chicos han hecho del Carnaval un guiso para comer.

La procesion de la noche, en medio del inmenso gentío y entre músicas y antorchas, dicen que tuvo mayor belleza y animacion.

A mí me tenia rendido el calor; trátase de un calor de ochenta y dos grados, que fatiga, que agobia, que descomenta y embrutece.

—Esto no es nada; es el simple anuncio de lo que se tiene que pasar, me decia Francisco: hace algunos años, que en el mes de Julio perecieron ciento cincuenta y seis personas de insolacion en un dia. Hubo dia que subiese el termómetro á ciento seis grados, que ya ve vd. que hay para freirle los sesos á cualquiera.

En la temporada de los grandes calores, la ciudad disminuye un ciento por ciento en tráfico y animacion; muchos capitalistas hacen sus viajes por Europa; por poco acomodada que sea una familia, aspira á pasar dos ó tres meses en el campo, y entónces, cobran vida las risueñas aldeas, las montañas, y sobre todo los baños; entónces son las aventuras de amor, los animados bailes y los paseos deliciosos.

Hasta en la última estancia campestre se instalan *restaurants* y se aderezan hoteles. En las noches, en las primeras horas, hay músicas para los niños, y más tarde se formalizan bailes encantadores.

Pero en la ciudad, se arde el mundo; los caballos perecen, no obstante que se les busca sombra; se les pone en la cabeza ramos de árbol y esponjas con agua helada: esto es

verdaderamente espantoso; quisiera uno sembrarse en el hielo para tener alivio.

Francisco me describió al siguiente día la procesion de la noche, y el baile.

Verificóse la procesion con mayor pompa y tendencias de fiesta, que en la mañana.

Caricaturas poco felices en la gran comitiva y servidumbre real, nobles y duques convertidos en farsa realmente, sacados á la vergüenza en este pueblo de ilustres carreteros, menestrales y labradores, y luego una série de representaciones históricas en cuadros animados, como hemos visto en los teatros.

De esos cuadros, algunos fueron perfectos y todos elegidos con tino y buen gusto.

Colon dando cima á sus trabajos inmortales, plantando la bandera de la civilizacion y la gloria en el mundo que descubria.

El recuerdo animado de la naturaleza primitiva y la canoa exigua del indio en el país en que se convirtió en verdad trascendental la locura de Fulton.

La tierna escena de la india Pocahonta, bella, gentil, salvaje, que salva al capitán Smith lanzándose entre la víctima y el verdugo, cuando el vencido inglés fué sorprendido en un pantano.

Washington, sublime como nunca en sus días de prueba, cruzando el Delaware para formar con sus nieves una muralla á la libertad.

La lucha del Sur, pero en su desenlace de reconciliacion y de paz.

Escenas y cuadros son estos, no de Carnaval ni para ex-

ponerse en medio de la farsa; pero bellos, grandiosos, fecundos en patrióticas lecciones y dignos de servir de pábulo al más puro entusiasmo.

En la noche, el Gilmores-Garden estuvo poco concurrido: en suma, al conjunto de la funcion se le dió el carácter de un verdadero fiasco.

“Este ha sido un fiasco,” repiten: así será; pero me parece que ni como negocio frustrado lo han visto todos sus autores. Para la diversion habrá dejado que desear: no sabemos si en el terreno de los negocios será lo mismo.

Importaba que hubiese más gente que la que compra y vende por lo regular, y esto acaso se ha logrado. El nombre era de poca importancia.

Pero formalmente hablando y suponiendo la tentativa de una planteacion de Carnaval.

Las costumbres no se improvisan; los hábitos se trasportan con los hombres, no se trasplantan. La máscara es fruta que se sazona en los pueblos oprimidos: era un pretexto de libertad; se disfrazaba de liberal el pueblo esclavo; los hombres de iglesia, los cortesanos hipócritas, las mujeres esclavizadas, los siervos abyectos, cobraban bajo el disfraz los atributos que las leyes les negaban; y en ese fondo de verdad era un romance cada palabra, una série de dramas cada incidente, una pasion, una fiebre cada disfraz.

¿Pero á qué el disfraz en un pueblo en donde todo el mundo hace lo que quiere, en que la verdad misma quisiera tener sombras para comunicar interes, en que por más que se esfuerzan los prestidigitadores políticos, no alcanzan mayor rango que el de los suertistas y funámbulos?

Nada más triste y desairado que un yankee bajo su ca-

reta, paseándose taciturno y ardiendo su alma, por no poder fumar ni echar á su sabor sendos tragos.

Se concibe una tortuga en velocípedo, un gordo bailando como sílfide en un alambre, un elefante haciendo circo ó parándose en dos piés como un falderillo; pero un yankee máscara es más que el contrasentido, es el imposible.

Ayer he llenado mi cartera de apuntaciones, es decir, cuentas sueltas para hacer soguillas, y ahora que las quiero ensartar en el hilo de una narracion seguida, me estoy encontrando con dificultades insuperables.

Tal vez influya el calor en lo que me pasa: las calles, aunque amplísimas; las plazas, aunque pobladas de árboles; mi habitacion, aunque ménos estrecha que otras, no templan los ardores de este horno de carne humana. El calor es intenso, es abrumador é insoportable; toda la pompa del Paris de América se reduce á nada cuando se ve el lujo bajo el aspecto de adornos de un suplicio. Ni un instante la brisa se insinúa, ni un momento dulcifica el nublado el tueste sistemático de los hijos de Adam.

Suele cambiar el tiempo; pero entónces es una invasion de invierno, que produce cada pulmonía, y cada reumatismo, y cada catarro, y cada croup, que en los vivos aires alzan la estadística de la mortalidad.

Uno de los retraentes que van teniendo mis salidas, es la falta total, permanente y tiránica de lugares de desahogo transitorio, y cuenta con que se trata de una gran necesidad social.

El hecho es espantoso; ¿pero qué se hace con respecto al excedente de los líquidos en un país en que marcha día á día como embodegado y en secciones un océano de *lager beer*, y otro de soda? Se aguanta: ¿y si no se puede? Habrá acueductos subterráneos, habrá lo que se quiera; pero no se da á luz el remedio de la necesidad. Sobre que ni hay zaguanes, ni recodos, ni parapetos, ni abrigos en el interior de la ciudad, si no es en una que otra plaza.

En el *restaurant*, en el *bar-room*, en el hotel, hay sus oficinas tributarias (*water closer*); pero el recurso no está á la vista de todos; por otra parte, se necesita cierto desplante para irse un hombre introduciendo hasta los últimos interiores de la casa á instalar un desagüe; ¿y cómo se hace esto sin saberse el idioma? ¿los extranjeros no tienen derecho á salir de su cuidado? ¿y los pobres que pudieran hacerse sospechosos? Los pobres deben vivir en seco. Esto es espantoso.

Si la ausencia de consuelos nace de pulcritud, poco se logra; porque si es cierto que en las calles centrales no se advierten desmanes, en las calles apartadas es el asco y la inmundicia; no hay callejon, ni cerca, ni despoblado, que no tenga lagos, que no rastros, del contrabando espantoso de los líquidos.

Como el *bar-room* es el recurso más obvio, he tenido que adicionar mi presupuesto.

Entro al *bar-room*, pido cerveza porque llego acongoja-

do, dejo en el mostrador la copa y me lanzo á lo desconocido, regreso y dejo intacta la copa, y el *yankee*, á su frente, con tantos ojos, sin darse cuenta de lo que me pasa; así, como en otras cosas, me haré una reputacion de borracho, y no precisamente por lo que bebo, sino todo lo contrario.... Dicen que los dueños de *bar-room* son los que se oponen al establecimiento de oficinas mingitorias, porque así venden más. De todos modos, se trata de un grosero ataque á las garantías individuales.



XX

Seguridad.—Limpieza.—Calles no centrales.—Suciedad y abandono.—Rectificaciones.—Omnibus y wagones.—Las damas.—La lady "pur sang."—Voceadores de las calles.—Ahorro de trabajo.—Elevadores.—Albañiles.—Botones de tornillo y carretilla.—Las comidas.—Nuestras comidas traducidas al inglés.—Listas de manjares.—El español pinta al yankee.

LEVANTEME muy temprano, al siguiente día del Carnaval, es decir, á las cuatro, que allí comienza á amanecer.—Los establecimientos estaban sin gente, pero alumbrados con gas en el interior, porque la luz es el recurso de seguridad; y no me he atrevido á llamar cerrados á los almacenes, tiendas y oficinas, porque los aparadores, tiendas y almacenes quedan á la vista, teniendo por resguardo sus cristales: el cerrojo no se conoce, las llaves colosales no se fabrican, las chapas complicadas serian objetos de curiosidad.

De todos modos, esa fé en la autoridad, esa ostentacion